

GIBRALTAR: TUMOR EMPEORADO

Con involuntaria frecuencia seguimos ocupandonos del tema de Gibraltar. Londres sigue consiguiendo muchos objetivos, entre ellos el de que este problema atraiga la atención y la irritación nacional española, pero no con los efectos que pretende. Y está consiguiendo desplazar diplomáticamente la posición de España, tan románticamente "occidentalista", aunque con las consecuencias contrarias a las de aislamiento e impotencia internacionales que siempre nos ha buscado. Veamos los hechos más salientes.

España, en nota dirigida al Comité de los Veinticuatro, que contestaba a un Memorándum inglés sobre esa pantomima llamada Referéndum, solicitó preventivamente la descalificación internacional de la medida. El tema se debatió apasionadamente en los Veinticuatro y en sus alrededores subterráneos. Las mejores y peores armas, ya clásicas de la diplomacia inglesa, se movilizaron. Pero los Veinticuatro, el 1 de septiembre, votaron una resolución en la que no sólo se recuerdan las precedentes de aplicación a la materia, sino que, tras la mención genérica de las 1.514 (XV), 2.231 (XXI) y 2.070 (XX), se declara categóricamente que cualquier situación colonial que destruye total y parcialmente la unidad nacional y la integridad territorial de un país es incompatible con los propósitos y principios de la Carta de la O. N. U. y específicamente con el párrafo sexto de la resolución 1.514 (XV): esto supone nada menos que consagrar la tesis hispanoamericana de que en Gibraltar hay población o habitantes con derechos humanos o intereses a respetar, pero no un pueblo capaz y calificado para autodeterminarse, que es lo que pretendía la pantomima—Referéndum—entre los seleccionados con cuidadosa exclusiva de adhesión incondicional al peor de los colonialismos: el

de agresión imperialista. Y la resolución no sólo lamentó la interrupción de las negociaciones e instó a reanudarlas sin demora, para concluir la situación colonial gibraltareña salvaguardando los intereses de la población cuando dicha situación haya concluido, sino que declaró en su párrafo segundo que el Referéndum contradice a la resolución 2.231 (XXI).

Como al Reino Unido jamás le ha importado respetar el Derecho internacional ni la autoridad ajena, y por lo que se ve cada vez le importa menos salvar las apariencias, celebró el Referéndum; podríamos decir de él lo que Valerian Katin en "Pravda" el 29 de agosto de 1967: que por declaraciones oficiales de los burócratas calpenses (en un ciento por ciento con pasaporte británico) se reconocía que la suerte del Peñón estaba decidida por anticipado en alguna parte de un Ministerio londinense. Decidida por un cierto tiempo, añadimos nosotros. La única curiosidad fue por qué el arreglo de cifras arrojó de un total censado de 12.762 personas, 12.193 colonialistas, cuarenta y cuatro anticolonialistas y la pequeña diferencia con el total, de abstenciones. ¿Por qué no se fijó en 43, en 45 o en 200 a la minoría "reconocida"? Porque el sesudo "Times", con sus colegas de Prensa orquestada en lengua inglesa, han tronado siempre contra el valor de cualquier elección o plebiscito en que existan mayorías abrumadoras, descalificándolas por anticipado, sea en Polonia o en España, aunque no en Ulster. Precisamente un "llanito", Alberto Fava, había escrito en "Tribune" que el problema es internacional y colonialista, bajo la acción de la O. N. U. y pendiente de acuerdo anglo-español, no de decisión unilateral inglesa con la pantalla de una población recusada por la O. N. U. Ciertamente, las carnavaladas—frase muy usada por los angloparlantes para el Referéndum—se contagian, y Albión se creyó en la época victoriana para agredir con ametralladoras al "Pollux" poco antes de la mascarada y para concentrar una veintena de barcos en la bahía de Algeciras bajo la rúbrica de ese elefante leproso llamado O. T. A. N., nunca sincero y desde hace tiempo molesto para los intereses españoles en el Estrecho.

Sí; alguna vez el "quisling" calpense Hassan dice la verdad: tras la mascarada, el acuerdo es más difícil o el resbalón menos disimulable. No importa que la impaciencia española, espontánea y popular, encuentre lentas—lo que puede ser fruto de la prudencia o de otras causas—las medidas de defensa españolas. Y que le moleste el aflujo de los coolies que Inglaterra quiere sustituir con malteses y marroquíes, éstos saltándose lo prescrito en Utrecht

y con evidente daño para las aspiraciones marroquíes que conciernen a España en Africa. No importa que la prolongación de la agresión colonial proporcione cada día episodios bochornosos que dicen poco de la eficacia burocrática española, sobre todo ante ciertos parangones, para acelerar lo que se cae por la fuerza del siglo. Sí importa el recuerdo de la votación ante los Veinticuatro, como expresión de una distribución de corrientes mundiales que ningún español, poderoso o humilde, puede olvidar, aunque fuera "ciego, sordo y mudo", según la frase de unas desgraciadas instrucciones poco anteriores a nuestra guerra de 1936. Porque ciegos, sordos y mudos estaban Carlos IV, Godoy y el hijo del primero, y la situación se remedió, aunque a costa del sangriento y nunca indemnizado esfuerzo de la nación española. En los Veinticuatro nos votó el bloque fraterno que lleva nuestra sangre. Y el bloque también fraterno de los árabes, que no desconocen que Gibraltar es una colonia sionista y no precisamente pacífica ni quieta durante la reciente agresión en el Oriente Medio. Y nos votó el bloque socialista del Este, a pesar de las "lindezas" que previamente nos dedicaron sus delegados, a los que no escapa en dónde está el peligro para el libre uso del Estrecho, indispensable a la convivencia y a la paz. Y nos votaron los verdaderos neutrales y anticolonialistas, algunos con meritoria rectificación: Afganistán, Irán, Italia, Costa de Marfil, Mali y Tanzania. A Inglaterra le quedó la solitaria compañía de otro de los Estados en que su Reina preside los despachos públicos, aquel que caracteriza el canguro y a cuyos naturales llamaban los británicos "diggers", lo mismo que llaman "scorpions" a los llanitos. Pero más destacable fueron las abstenciones: Etiopía, Finlandia y Madagascar, por oscuras razones, fueran muchas o pocas. Sierra Leona, porque los Mírgai acaso sientan admiración por Hassan. Y los Estados Unidos, porque su anticolonialismo es falso y porque su política exterior ha recompensado siempre con hostilidad a la ayuda española de 1.776 y se mueve teledirigida desde las Islas Británicas. Por lo cual nos llena de estupefacción la crónica de T. Szulc al otro "Times", revelando que el Tío Sam no sólo aspira a seguir en Rota, sino a agrandarla. Ese distinguido corresponsal, pese a su convivencia con los españoles, debe juzgarnos mucho más tontos de lo que realmente hemos venido siendo.

No; los ingleses pueden intentar la creación de una mini-Liberia naviera en el Peñón y de un post-Tanger. Pueden seguir sus monólogos ofensivos para España; pero hay cosas tan fuertes, que producen resultados por sí solas, y las de Gibraltar están muy maduras para excesivos retrasos. De la madurez

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

pasada a la podredumbre hay un paso: el tumor de Gibraltar apesà e infecta a muchas cancillerías y no solamente a la española. Y los disciplinados votantes en la pantomima hacen bien en mejorar sus conocimientos de geografía agiotista. Como los españoles tienen ya fortalecidos otros conocimientos geográficos: los de los amigos y los de los enemigos.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

ESTUDIOS

1911